

ESCENA XI

LA CONDESA TERZKY

LA CONDESA (*sale por una puerta lateral*).—No, no puedo soportar más. ¿Adónde fueron? Me deja sola, sola en tan horrible ansiedad, y obligada á parecer tranquila y sepultar mis sufrimientos delante de mi hermana. No puedo soportar esta idea; si nuestra empresa aborta y ha de pasarse á los suecos, con las manos vacías y fugitivo, y no como respetable aliado, ó andar errante como el Palatino, siendo en todas partes monumento de nuestra caída grandeza... ¡ah, no puedo pensarlo!... si él mismo fuese capaz de soportarlo, yo no sufriría verle caer de tal modo.

ESCENA XII

LA CONDESA.—LA DUQUESA.—TECLA

TECLA (*queriendo detener á la duquesa*).—¡Oh, madre mía... aguardad!

LA DUQUESA.—No, algo terrible me ocultan. ¿Por qué mi hermana huye de mí? ¿Por qué se mueve ansiosa? ¿Por qué tú estás asustada? Qué significan esas señas misteriosas que os hacéis?

TECLA.—Nada, madre mía.

LA DUQUESA.—Quiero saberlo, hermana.

LA CONDESA.—¡A qué andarse con misterios, si no es posible ocultárselo, y á la larga tendrá que saberlo y sufrir! No es ocasión de abatirse; sino de mostrar valor, hermana mía; hay que ejercitar la fuerza de ánimo. Y es preferible decidir con una palabra. Te es-

tán engañando; tú crees que el duque ha caído en desgracia y no es eso. El duque...

TECLA (*acercándose á la condesa*).—¿Queréis matarla?
LA CONDESA.—El duque...

TECLA (*cogiendo á su madre*).—¡Valor, madre mía!

LA CONDESA.—El duque es rebelde; pretendió pasarse al enemigo, y el ejército le ha hecho traición. La empresa ha fracasado.

(*La duquesa cae desmayada en brazos de su hija.*)

ESCENA XIII

Gran sala en el palacio de Friedland

W ALLENSTEIN

W ALLENSTEIN (*revestido de su armadura*).—Venciste, Octavio. Heme aquí en mayor abandono que en el consejo de Ratisbona. Entonces, sólo contaba conmigo mismo; mas viendo lo que podía un hombre, despojasteis al árbol de sus ramas, y me habéis convertido en desnudo tronco. Pero en él subsiste todavía la fuerza creadora, capaz de engendrar un mundo. Ya en otra ocasión yo solo valí por todo un ejército ¡yo solo! cuando deshechas las tropas por los suecos, y vencido en Lech, Tilly, vuestra última esperanza, Gustavo inundaba la Baviera, y temblaba el Emperador en su palacio de Viena. Los soldados eran caros. ¿Dónde reclutar nueva gente si la multitud se va siempre con la fortuna? Entonces volvisteis los ojos á mí, á mí, el salvador en el peligro, y el orgullo imperial se humilló ante el hombre á quien había ofendido cruelmente. Forzoso les fué alzarme para pronunciar la gran palabra, y congregar formidables huestes en un campamento desierto. Aparezco yo, redobla el tambor, suena mi nombre como el del dios de la guerra, abandona

este el arado, aquel su taller, y la multitud acude en tropel á mis banderas que infunden la esperanza. ¡Ah, me siento fuerte como entonces! El espíritu da forma al cuerpo; Friedland poblará de nuevo su campo. ¡Cómo vencerme con esos millares de soldados, si están acostumbrados á la victoria bajo mis órdenes, pero no contra mí? Separáis los miembros de la cabeza; ahora veremos dónde residía el alma. (*Salen Illo y Terzky.*) ¡Valor, amigos, valor!... Todavía no dieron con nosotros en tierra. Disponemos de los cinco regimientos de Terzky y las valientes tropas de Buttler; y mañana un ejército de diez y seis mil suecos vendrá á reunirse con nosotros. De menos fuerzas disponía, nueve años há, cuando reconquisté Alemania para el imperio.

ESCENA XIV

Dichos.—NEUMANN, hablando aparte con TERZKY

TERZKY (*á Neumann*).—¿Qué quieren?

WALLENSTEIN.—¿Qué hay?

TERZKY.—Diez coraceros de Pappenheim desean hablarte en nombre de su regimiento.

WALLENSTEIN (*á Neumann*).—Que entren. (*Vase Neumann.*) Algo espero de ese paso. Se hallan perplejos todavía, y podemos ganarlos.

ESCENA XV

WALLENSTEIN.—TERZKY, ILLO, DIEZ CORACEROS, á las órdenes de UN ALFÉREZ. Se colocan en fila delante del duque, y saludan y se cuadrán militarmente.

WALLENSTEIN (*después de haberlos examinado un momento, dirigiéndose al alférez*).—A ti te conozco yo; eres flamenco... de Bruges, y te llamas Mercy.

EL ALFÉREZ.—Sí, mi general: Enrique Mercy.

WALLENSTEIN.—Recuerdo que te coparon en una marcha las tropas de Hesse, y supiste abrirte paso á través de millares de enemigos con sólo ciento ochenta hombres.

EL ALFÉREZ.—Sí, mi general.

WALLENSTEIN.—¿Qué recompensa obtuviste por este acto de bravura?

EL ALFÉREZ.—Lo que pedí, mi general; el honor de pasar á coraceros.

WALLENSTEIN (*á otro*).—Tú eras de los voluntarios que hice salir de Altenberg para apoderarse de una batería sueca.

EL 2.º CORACERO.—Sí, mi general.

WALLENSTEIN.—Al que me habló una vez, ya no vuelvo á olvidarle en la vida. Decidme ahora, ¿qué os trae aquí?

EL ALFÉREZ (*voz de mando*).—¡Presenten armas!

WALLENSTEIN (*á otro*).—Tú te llamas Risbeck, y eres de Colonia.

EL 3.º CORACERO.—Risbeck, de Colonia.

WALLENSTEIN.—Llevaste prisionero al coronel sueco Dübald al campamento de Nuremberg.

EL 3.º CORACERO.—No fui yo, mi general.

WALLENSTEIN.—Es verdad, fué tu hermano mayor. Otro tenías más joven que tú. ¿Qué ha sido de él?

EL 3.º CORACERO.—Está en Olmütz, con el ejército imperial.

WALLENSTEIN (*al alférez*).—Vamos; os escucho.

EL ALFÉREZ.—Ha llegado á nuestras manos una carta del Emperador, que...

WALLENSTEIN (*interrumpiéndole*).—... Y decidme, ¿quién os ha elegido?

EL ALFÉREZ.—Cada escuadrón ha sacado un nombre á la suerte.

WALLENSTEIN.—Vamos al asunto.

EL ALFÉREZ.—Hemos visto una carta del Emperador en la cual nos releva de la obediencia, por consideraros traidor y enemigo de la patria.

WALLENSTEIN.—¿Y qué habéis resuelto?

EL ALFÉREZ.—Nuestros camaradas de Braunau, Budweis, Praga y Olmutz han obedecido la orden, y los regimientos de Tiefenbach y Toscana siguieron su ejemplo... pero nosotros no creemos que seáis traidor y enemigo de la patria... nos parece calumniosa invención de los españoles. (*Con cordialidad.*) Vos mismo nos diréis vuestros proyectos, porque nos habéis tratado siempre con sinceridad y tenemos en vos plena confianza; no ha de interponerse un tercero entre un buen general y sus valientes soldados.

WALLENSTEIN.—En esto reconozco á mis hombres de Pappenheim.

EL ALFÉREZ.—El regimiento os pregunta, pues, si pensáis limitaros tan sólo á conservar el mando que os confió el Emperador, y servir al Austria lealmente. Siendo así, nosotros estamos resueltos á sostener vuestros derechos, y aunque todas las tropas os abandonaran, nosotros permaneceremos fieles y vertéremos por vos la última gota de sangre, porque nuestro deber es morir antes que dejaros sucumbir. Pero si el Emperador dice verdad y queréis entregarnos pérfidamente al enemigo ¡lo que Dios no quiera! entonces nos vamos y obedeceremos al Emperador.

WALLENSTEIN.—Oídme, muchachos.

EL ALFÉREZ.—No es necesario emplear muchas palabras. Decidnos sí ó no, y nos daremos por satisfechos.

WALLENSTEIN.—Oídme. Sé que sois inteligentes, y queréis pensar y juzgar por vosotros mismos, sin dejaros llevar de la corriente de la multitud. Por esto os he distinguido siempre, como ya sabéis. La mirada rápida del general sólo atiende á las banderas, y no se

fija en los individuos; fuerza es obedecer sus órdenes ciegamente sin que importe nada el hombre al hombre... pero con vosotros nunca obré así. Tan pronto como tuvisteis conciencia propia de vuestro rudo oficio, y ví brillar en vuestra frente la varonil inteligencia, os traté como hombres libres, y os concedí el derecho de tener opinión propia.

EL ALFÉREZ.—Sí, mi general; nos habéis tratado siempre con dignidad y honrado con vuestra confianza y favores por encima de los demás regimientos. Á esto correspondemos con no seguir al resto de las tropas. Decidnos una sola palabra, una sola nos bastará: decidnos que no pensáis en traición alguna, ni en entregarnos al enemigo.

WALLENSTEIN.—¡Cómo así, cuando la víctima de la traición soy yo, muchachos! El Emperador me sacrifica á mis enemigos, y he de sucumbir si no me salvan mis valientes. En vosotros quiero descansar, en vuestro corazón hallar mi fortaleza... Contra esta encanecida cabeza, contra este pecho, asesta sus golpes España. Así me paga mis victorias en las llanuras de Lutzen... Por alcanzar al fin tal recompensa ofrecimos el pecho desnudo á las armas enemigas, y dormimos sobre el hielo y las duras piedras; cuando nuestra marcha era más rápida que un torrente y no había bosque impenetrable á nuestro paso... Nosotros perseguimos al infatigable Mansfeld por las intrincadas revueltas de su fuga, sin que nos permitiéramos descanso, atravesando el mundo agitado por la guerra, como torbellino de viento que no pára en ninguna parte. Y ahora que realizamos tan ásperas y malditas hazañas, y nuestro brazo fiel é infatigable alivió el peso de la guerra, viene el hijo del imperio á firmar la paz y á arrancarnos el ramo de olivo que debía ceñir nuestra frente, para enlazarlo á su rubia cabellera!

EL ALFÉREZ.—¡Ah no!... esto no será mientras po-

damos impedirlo. Nadie sino vos debe concluir esa guerra que dirigisteis con tanta gloria. Vos nos guiásteis á la muerte, y sólo vos debéis llevarnos á la paz y compartir con nosotros el fruto de tanta fatiga.

WALLENSTEIN.—¡Cómo! ¿Pensáis acaso regocijar con él vuestra vejez? ¡Ah no lo creáis! no veréis vosotros el fin de esta lucha; esta guerra nos devorará á todos. El Austria no quiere la paz. ¡Cabalmente sucumbo por haberla querido! ¡Qué le importa al Austria que tan prolongados combates dejen extenuado al ejército y desierto el mundo, mientras se engrandezcan sus dominios?... Veo que eso os conmueve, y chispea la cólera en vuestros ojos. ¡Ah si mi hálito pudiera animaros como antaño cuando os llevaba al combate! Queréis venir en mi ayuda, y defender mis derechos: ¡generoso proceder! pero ¿qué podéis hacer por mí, siendo tan pocos, si os sacrificaríais en vano por vuestro general? (*En tono de confianza.*) No, dejadme buscar auxiliares para garantir mi seguridad, y puesto que los suecos nos ofrecen su apoyo, aparentemos utilizarlo hasta que, temibles para ambos partidos, y teniendo en nuestras manos los destinos de Europa, podamos ofrecer, desde el campamento, la dulce paz al mundo regocijado.

EL ALFÉREZ.—De modo que vuestra alianza con los suecos es tan sólo aparente, y no fué vuestro designio hacer traición al Emperador ni hacer de nosotros súbditos de Suecia! Es lo único que deseamos saber.

WALLENSTEIN.—¿Qué me importan los suecos? Los odio como al infierno, y con la ayuda de Dios espero arrojarlos muy pronto al otro lado del Báltico... Porque, la verdad... me conmueve la miseria del pueblo alemán... Aunque simples soldados, como tenéis conciencia de vuestro valer, siempre os he preferido á todos, y os he juzgado dignos de hablaros con toda franqueza... voy á revelaros un secreto. Veamos; quin-

ce años há que arde la guerra, sin que haya tregua en parte alguna. Ni alemanes, ni suecos, ni papistas ni luteranos, nadie quiere ceder, todos alzan su brazo armado; en todas partes, facciones, y en ninguna el juez: ¿cuándo cesará esto? ¿quién desenredará la madeja que se embrolla cada vez más? No hay más remedio que cortarla. Me siento elegido por la suerte y con vuestro auxilio cumpliré sus decretos.

ESCENA XVI

Dichos. — BUTTLER

BUTTLER (*sale corriendo*).—Eso no está en el orden mi general.

WALLENSTEIN.—¿Qué?

BUTTLER.—Eso dañará vuestra reputación á los ojos de los sensatos.

WALLENSTEIN.—¿Pero qué es?

BUTTLER.—Á eso se le llama sublevarse abiertamente.

WALLENSTEIN.—¿Qué pasa?

BUTTLER.—Los regimientos del conde de Terzky arrancan de sus banderas las águilas imperiales para poner en su lugar vuestro escudo.

EL ALFÉREZ (*á los coraceros*).—Media vuelta á la derecha... Mar...

WALLENSTEIN.—¡Maldito acto, y maldito quien lo aconsejó! (*A los coraceros que se van.*) Deteneos, muchachos; es una mala inteligencia. Oídme; voy á castigarlos severamente... aguardad! No me oyen. (*A Illo.*) Seguidlos, y tratad de persuadirlos y traerlos aquí, cueste lo que cueste... (*Vase Illo.*) ¡Esto nos precipita; Buttler, Buttler!... Sois mi ángel malo... ¿Por qué anunciarme la noticia en su presencia? ya estaba todo

en buen camino... los tenía medio de mi parte... ¡Locos! ¡Oh, la suerte juega conmigo! Ya no es el odio de mis enemigos, sino el celo de mis leales quien me arroja al abismo.

ESCENA XVII

Dichos.—LA DUQUESA, saliendo con precipitación; TECLA y LA CONDESA la siguen; luego ILLO

LA DUQUESA.—¿Qué has hecho, Alberto?

WALLENSTEIN.—¡Esto más!

LA CONDESA.—Perdóname, hermano mío; no pude obrar de otro modo; todo lo sabe.

LA DUQUESA.—¿Qué has hecho?

LA CONDESA (á Terzky).—¿No hay esperanza?... ¿Todo está perdido?

TERZKY.—Todo: Praga cayó en poder del Emperador, y las tropas han renovado su juramento de fidelidad.

LA CONDESA.—¡Pérfido Octavio! ¿Y el conde Max ha partido?

TERZKY.—¿A dónde podía ir sino con su padre, al lado del Emperador?

(Tecla se arroja en brazos de su madre, y oculta el rostro en su seno.)

LA DUQUESA (estrechándola en sus brazos).—¡Ah desdichada hija, y más desdichada madre!

WALLENSTEIN (llevándose aparte á Terzky).—Que enganchen en el segundo patio un coche para sacarlas de aquí. (Señalando á las mujeres.) Scherfenberg, que es fiel, las acompañará hasta Egra, donde nos reuniremos luego. (A Illo que sale.) ¿No los traéis?

ILLO.—¿Oís ese tumulto? Todo el cuerpo de Pappenheim está agitado, y clamando por su coronel Max,

que dicen hallarse en este castillo prisionero en tu poder; amenazan con libertarle á viva fuerza si no se lo entregas. (Sorpresa general.)

TERZKY.—¿Qué hacemos?

WALLENSTEIN.—¿No lo dije? Harto lo presentía. Aquí está aún, no me hizo traición, no ha podido. Jamás lo puse en duda.

LA CONDESA.—¡Está aquí! Entonces nos hemos salvado... yo sé quien le detendrá eternamente.

(Abraza á Tecla.)

TERZKY.—Eso no puede ser. ¿No veis que su padre nos hizo traición y se declaró por el Emperador? ¿Cómo el hijo osaría quedarse aquí?

ILLO (á Wallenstein).—Hace poco que ví pasaban el tren de caza que le regalaste.

LA CONDESA.—Entonces, sobrina mía, no está muy lejos...

TECLA (fijando los ojos en la puerta).—Helo aquí.

ESCENA XVIII

Dichos.—MAX PICCOLOMINI

MAX (adelantándose hasta el centro de la sala).—Sí, aquí estoy. No puedo seguir por más tiempo errando con tímido paso en torno de esta casa, y espiando á hurtadillas un momento oportuno... No... semejante ansiedad es superior á mis fuerzas... (Se acerca á Tecla que permanece abrazada á su madre.) Oh, mírame, no vuelvas los ojos, ángel del cielo!... confíesalo abiertamente á la vista de todos, sin temor á nadie, y sepa quien quiera oírlo, que nos amamos. ¿Por qué ocultarlo? El secreto se hizo para los dichosos, pero la desgracia sin esperanza no requiere ningún velo y puede obrar libremente á la faz del mundo. (En esto advierte

que la Condesa dirige á su sobrina una mirada de satisfacción.) No, Condesa, nada esperéis; no vengo para quedarme, sino para despedirme... Esto es hecho; es fuerza que me separe de ti, Tecla, ¡es fuerza! Acuérdate tan sólo una mirada de compasión... no puedo irme cargado con tu odio. Dime que no me aborreces, dímelo, Tecla. (*Le coge la mano con viva emoción.*) ¡Dios mío! ¡Dios mío! Me es imposible abandonar estos lugares... me es imposible soltar esta mano... Dime, Tecla, que me compadesces, y que estás persuadida de que no puedo obrar de otro modo. (*Tecla evita su mirada, y le señala al duque, á quien él no había visto aún; entonces se vuelve hacia él.*) ¡Vos aquí!... No vine á buscaros á vos; ni debía veros otra vez, sino á vuestra hija; sólo á ella quería hablar, sólo de ella esperaba el permiso para romper ese lazo. Nada tengo que ver con los otros.

WALLENSTEIN.—¿Crees acaso que llevaré mi bondad al extremo de dejarte partir, y hacer del magnánimo contigo? Tu padre me hizo traición indignamente, y como ya sólo eres para mí su hijo, no habrás caído en vano en mi poder. Si imaginas que he de respetar la antigua amistad, tan vergonzosamente ultrajada, te engañaste. Pasó el tiempo de la afección y los miramientos y le ha llegado su vez al odio y á la venganza. También yo puedo ser inhumano.

MAX.—Obrad conmigo como gustéis; ni desafío ni temo vuestra cólera. Harto sabéis lo que aquí me detiene. (*Coge la mano de Tecla.*) Mirad; yo hubiese querido debérselo todo, y recibir de vuestra mano paternal la eterna ventura. Poco os importa haberla destruído; indiferente holláis en el polvo la felicidad de los vuestros, que vuestro dios no es dios de clemencia, y como elemento ciego y terrible, desencadenado é ingobernable, sólo obedecéis al impetuoso movimiento de vuestro corazón. ¡Desdichados aquellos que ponen

en vos su confianza, y seducidos por vuestro afecto, afianzan en vos el edificio de su dicha! De súbito, en medio de la tranquila noche, ábrense los abismos de fuego, hierve el torrente devastador, y barre impetuoso los trabajos de los hombres.

WALLENSTEIN.—Nos estás pintando el corazón de tu padre, su negra hipocresía y sus malas entrañas. ¡Ah! el astuto infierno me engañó; el abismo me envió al más pérfido y embustero demonio y lo sentó á mi lado. ¡Quién podía resistir á la infernal arteria! En mi propio seno estreché y alimenté al basilisco con sangre de mi corazón hasta saciarle. Ni una sola vez sospeché de él; soltando toda prudencia y precaución, dejé abierta de par en par la puerta de mis pensamientos, y en su santuario se introducía el enemigo, mientras yo lo iba buscando ¡necio! por la bóveda estrellada. ¡Ah! si Fernando hubiese sido para mí lo que yo fui para Octavio, jamás le declarara la guerra; no hubiese podido. Pero fué injusto soberano antes que amigo, y dudoso de mi fidelidad, cuando me devolvía mi bastón de mando, existía entre ambos la guerra ¡la guerra eterna entre la astucia y la sospecha! porque sólo en la confianza y la buena fe puede reinar la paz. ¡Ah! quien envenena la confianza ahoga las futuras razas en el mismo seno maternal!

MAX.—No quiero defender á mi padre, porque, por desgracia mía, me es imposible, y ocurrieron ya algunos desventurados sucesos; que toda acción criminal engendra otra. Pero nosotros, ¿á quién hicimos traición? ¿Por qué las culpas de los padres han de enroscarse á nuestro cuerpo como sierpes? ¿Por qué nos separa cruelmente su irreconciliable odio, á nosotros unidos por el amor?

(*Abraza á Tecla estrechamente con vivo dolor.*)

WALLENSTEIN (*le contempla en silencio y se acerca á él.*)
—MAX, quédate; no te vayas, Max. Acuérdate del día

que fuiste llevado á mis cuarteles de invierno, en el campamento de Praga. Eras aún entonces tierno niño no avezado al frío del norte; tus manos ateridas apenas podían sostener el estandarte que tú te empeñabas en llevar. Entonces yo te cogí, te arropé con mi capa, me constituí en tu enfermero, y no tuve reparo en prodigarte los más nimios cuidados con la solicitud de una mujer, hasta que, reanimado con el calor de mi seno, renació la alegría y la viveza de tu edad! Dime ahora, si desde aquel día mudó algo mi afecto por ti. A muchos he enriquecido con donaciones y brillantes oficios; pero á ti te amé..... á ti he dado mi corazón entero! Mientras los demás me fueron extraños, tú eras el hijo de la casa!... Ah, Max, tú no puedes abandonarme; no ha de ser... No puedo, no quiero creer que Max me abandone.

MAX.—¡Oh, Dios mío!

WALLENSTEIN.—Desde tu niñez he sido tu apoyo y tu guía. ¿Qué hizo tu padre que yo no haya hecho también? Yo te he rodeado con red de amor; rómpela si puedes. Te atan á mí todos los tiernos lazos que unen á los hombres... Vé, déjame para servir al Emperador... que su piel de carnero y su cadenilla de oro te recompensen de prescindir de tu amigo, el padre de tus primeros años; del sentimiento más sagrado!

MAX (*victima de violenta agitación*).—¡Oh Dios mío! ¿Cómo hacerlo!... ¿Acaso no debo?... Mi juramento... mi deber...

WALLENSTEIN.—¡Tu deber! ¿Hacia quién?... ¿Quién eres tú? Si mi rebeldía es delito, el criminal soy yo, no tú. ¿Acaso te perteneces, y eres árbitro de tus acciones? Aquí tu emperador soy yo. Ser mío, y obedecer: esto te impone el honor y la ley de la naturaleza. Si el planeta que habitas salta de su órbita, y se precipita ardiendo hacia otro y le abrasa, ¿dependerá de ti sustraerte á ese movimiento? No, sino que ha de

arrebatarte por la fuerza de su impulsión con sus círculos y sus satélites. En nuestro caso, tu pecado es bien venial; el mundo, lejos de censurarte, elogiará tu acto de afecto.

ESCENA XIX

Dichos. — NEUMANN

WALLENSTEIN.—¿Qué hay?

NEUMANN.—Los coraceros de Pappenheim se han apeado; y están resueltos á tomar por asalto esta casa para libertar al conde.

WALLENSTEIN (*á Terzky*).—Que bajen el puente, y dispongan los cañones. Los recibiré á metrallazos. (*Vase Terzky*.) ¡Imponerme ellos condiciones con las armas en la mano! Salid, Neumann; que se retiren al instante; lo mando. Aguarden en silencio mi resolución. (*Vase Neumann. Illo se asoma á la ventana.*)

LA CONDESA.—¡Soltadle!

ILLO (*desde la ventana*).—¡Muerte y condenación!

WALLENSTEIN.—¿Qué pasa ahora?

ILLO.—Escalan el Ayuntamiento, abren boquetes en la techumbre y apuntan los cañones hacia aquí.

MAX.—¡Insensatos!

ILLO.—Van á disparar!

LA DUQUESA Y LA CONDESA.—¡Dios mío!

MAX (*á Wallenstein*).—Dejadme bajar; yo les diré...

WALLENSTEIN.—No des un solo paso.

MAX (*señalando á la Duquesa y á Tecla*).—Se trata de su vida, de la vuestra...

WALLENSTEIN.—¿Qué noticias traes, Terzky?

ESCENA XX

Dichos. — TERZKY

TERZKY.—Un mensaje de nuestros soldados: piden permiso de atacar; no es posible ya enfrenar su ardimiento. Ocupan ya la puerta del molino, y á una simple orden tuya atacarán al enemigo por la retaguardia; acorralado dentro de la ciudad, les será fácil domarle.

ILLO.—No dejés que se enfríe su celo. También las tropas de Buttler permanecen fieles; siendo nosotros en mayor número, hemos de vencerlos y sofocar la sedición aquí mismo.

WALLENSTEIN.—¿Y habrá que convertir á Pilsen en campo de batalla, y desencadenar la abrasadora discordia civil en sus calles? ¡Fiar así la decisión de la suerte al ciego coraje que no atiende á la voz del jefe! Aquí no hay sitio para batirse, sino para degollarse. La voz del general no podría reprimir á esa furia desenfrenada... Pero sea. Tiempo há que me digo que todo ha de terminar con una lucha pronta y sangrienta. (*Volviéndose á Max.*) Pues qué! ¿quieres combatir contra mí? Vé; parte; libre eres. Vé á ponerte frente á mí, y guíales al combate, que ya eres hábil en el arte de la guerra... ¡Algo aprendiste conmigo!... No me sonroja tenerte por adversario; ni ha de ofrecérsenos mejor ocasión para pagarme mis lecciones.

LA CONDESA.—¡A qué punto hemos llegado! Max... ¿podéis soportar estas palabras?

MAX.—He prometido mantener fieles al Emperador los regimientos que me confió, y cumpliré mi palabra ó sucumbiré. Este es mi único deber. Cuanto á lo demás, no he de combatir contra vos si puedo evitar-

lo: vuestra cabeza, aunque de un enemigo, será sagrada para mí.

(*Suenan dos disparos. Illo y Terzky corren á la ventana.*)

WALLENSTEIN.—¿Qué pasa?

TERZKY.—Cayó.

WALLENSTEIN.—Cayó. ¿Quién?

ILLO.—Los soldados de Tiefenbach son los que dispararon.

WALLENSTEIN.—Pero ¿contra quién?

ILLO.—Contra Neumann, tu enviado.

WALLENSTEIN.—¡Mil rayos! Yo mismo voy.

(*Intenta irse.*)

TERZKY.—¡A exponerte á su ciego furor...!

LA DUQUESA Y LA CONDESA.—¡Por el cielo!

ILLO.—No salgas ahora.

LA CONDESA.—¡Detenedle!... ¡Detenedle!

WALLENSTEIN.—¡Dejadme!

MAX.—No salgáis ahora, por Dios. Esta acción acrecienta su furor. Aguardad su arrepentimiento.

WALLENSTEIN.—Retiraos; harto esperé. Cedieron á su criminal audacia porque no me han visto cara á cara. Han de verme... han de oirme... ¿No son mis tropas? ¿No soy su general, y su temido jefe?... Veremos si desconocerán mi presencia que fué para ellos como el sol entre la humareda de la batalla. No hay necesidad de acudir á las armas; con que me asome á ese balcón, el impetu rebelde volverá á su antiguo cauce.

(*Vase seguido de Illo, Terzky y Buttler.*)

ESCENA XXI

LA CONDESA.—LA DUQUESA.—MAX.—TECLA

LA CONDESA.—(*Á la Duquesa.*) ¡Apenas le vean!... no se ha perdido toda esperanza, hermana mía.

LA DUQUESA.—Ninguna tengo ya.

MAX (*que durante la anterior escena habrá permanecido á un lado, se adelanta*).—¡ Ah no puedo soportar más! Vine aquí con ánimo resuelto y firme, creído de que mi conducta era justa é intachable, y ahora parezco odioso, inhumano, maldito, objeto de horror para los mismos que quiero con todo mi corazón. Y he de ver cómo los abruma el dolor... á ellos que con una sola palabra podrían hacerme feliz. ¡ Ah! me sublevo contra tamaño espectáculo: dos voces contradictorias se alzan en mi pecho: perdido entre tinieblas no sé dar con el verdadero camino. ¡ Ah, razón tuviste, padre mío; fié demasiado en mis propias fuerzas!... heme vacilante y perplejo ignorando qué partido tomar.

LA CONDESA.—¡ Cómo! ¿ No os lo señala vuestro corazón? Pues yo voy á decíroslo. Vuestro padre cometió con nosotros una traición repugnante, atentó á la vida del príncipe, nos ha librado á la vergüenza; su conducta os muestra bien claro cuál sea el deber de su hijo: reparar tal infamia y resucitar el ejemplo de la fidelidad, de modo que el nombre de Piccolomini cese de ser ignominioso y maldito eternamente en la familia de Wallenstein.

MAX.—¿ Dónde oír la verdad?... El único móvil de todos nosotros es la pasión. ¡ Cómo no baja un ángel del cielo para mostrarme el verdadero camino, y alumbrarme con immaculado rayo! (*Contempla á Tecla*.) ¡ Y qué! otro ángel busco? ¡ á otro aguardo? (*Se acerca á ella, y la coge entre sus brazos*.) ¡ Ah!... De este corazón puro é infalible, aguardo mi decisión; tu amor quiero interrogar, el único que puede hacerme feliz, y que huiría de mí si fuese culpable. ¿ Podrás tú amarme, si me quedo? Dime que sí y me quedo.

LA CONDESA (*con expresión*).—Piensa...

MAX (*interrumpiéndola*).—No; no te detengas á pensar; habla según sientas.

LA CONDESA.—Piensa en tu padre.

MAX (*interrumpiéndola*).—No me dirijo á la hija de Friedland sino á ti, á ti á quien amo con toda mi alma. No se trata de una corona... entonces bien estaría la prudencia... sino de la tranquilidad de tu amante, y de la suerte de mil héroes que seguirán mi ejemplo. ¿ He de ser perjuro al Emperador? ¿ Dispararé contra Octavio una bala parricida? Porque una vez disparada, cesa la bala de ser ciego instrumento de muerte; vive, y va dirigida por un espíritu fatal. Las furias vengadoras del crimen se apoderan de ella, y la clavan en el más funesto blanco.

TECLA.—¡ Oh Max!

MAX (*interrumpiéndola*).—¡ Ah! no, no te apresures á responder; te conozco; tu noble corazón confundiría el deber más cruel con el más sagrado. Cumplamos no lo magnánimo, sino lo más humano. Piensa cuánto debo á tu padre, y cómo le correspondió el mío; piensa que los nobles y hermosos afectos, la pia fidelidad en las amistades, son también una religión sagrada cuya bárbara profanación castiga cruelmente la naturaleza. Ponlo todo en la balanza, y deja que tu corazón pronuncie el fallo.

TECLA.—Tiempo há que el tuyo ha decidido; sigue su primer impulso.

LA CONDESA.—¡ Desdichada!

TECLA.—¿ Habrá otro sentimiento más justo que el primero que anima á ese corazón leal? Vé; cumple con tu deber: yo te amaré eternamente. Cualquiera que fuese tu elección, sería siempre noble y digna de ti... pero el remordimiento no debe turbar la paz de tu alma.

MAX.—¡ Entonces he de abandonarte!

TECLA.—Permaneciendo fiel á ti mismo, sigues siéndome fiel á mí. Si la suerte nos separa, nosotros seguiremos unidos. Y aunque el odio divida para siempre á los linajes de Friedland y Piccolomini, nosotros no

pertenece a nuestra casa... vé, apresúrate a separar la buena causa de nuestra desdichada suerte. La maldición del cielo pesa sobre nuestras cabezas, y estamos condenados a la perdición... La falta de mi padre me arrastra a la ruina; no llores por mí; pronto habré decidido sobre mi suerte.

(Max la abraza con viva emoción. Suenan dentro prolongadas aclamaciones: «¡Viva Fernando!» y músicas guerreras. Max y Tecla siguen abrazados).

ESCENA XXII

Dichos.—Terzky

LA CONDESA (yendo a su encuentro).—¿Qué ha pasado? ¿Qué significan esos gritos?

TERZKY.—Todo está perdido.

LA CONDESA.—¡Qué! ¿Ninguna impresión les ha causado su presencia?

TERZKY.—Ninguna; todo ha sido inútil.

LA DUQUESA.—Han gritado «¡viva!».

TERZKY.—Sí; por el Emperador.

LA CONDESA.—¡Qué modo de olvidar sus deberes!

TERZKY.—No le han dejado pronunciar una sola palabra. Apenas empezó, le interrumpieron con una música guerrera. Aquí está.

ESCENA XXIII

Dichos.—WALLENSTEIN, ILLO, BUTTLER; luego algunos coraceros

WALLENSTEIN (adelantándose).—¡Terzky!

TERZKY.—Príncipe.

WALLENSTEIN.—Mandad que los regimientos estén

dispuestos a marchar hoy mismo. Saldremos de Pilsen antes de anoecer. (Vase Terzky). Buttler!

BUTTLER.—Mi general!

WALLENSTEIN.—Escribid inmediatamente al comandante de Egra, vuestro amigo y compatriota, que se disponga a recibirnos mañana en su fortaleza; vos nos acompañaréis con el regimiento.

BUTTLER.—Está bien, mi general.

WALLENSTEIN (interponiéndose entre Max y Tecla, que durante esto, habrán continuado abrazados).—Separaos.

MAX.—¡Oh Dios mío!

(Salen algunos coraceros armados y se colocan en el fondo de la sala. Suena dentro, debajo de las ventanas, la marcha del regimiento de Papenheim, como para advertir a Max).

WALLENSTEIN (a los coraceros).—Aquí está. Libre es; no le detengo más. (Se dirige a un lado de la escena, de modo que Max no pueda acercarse ni a él ni a Tecla).

MAX (a Wallenstein).—Me odiáis, me arrojáis lleno de cólera. Rotos los lazos del antiguo afecto, no queréis desatarlos suavemente sino hacerme más dolorosa la separación, porque yo no aprendí todavía a vivir sin vos... Realmente puedo decir que me voy a un desierto, y que dejo aquí cuanto me es querido. ¡Oh! yo no ceso de miraros; mostradme por última vez siquiera ese rostro que será para mí eternamente sagrado. No me rechacéis. (Intenta tomarle la mano. Wallenstein la retira. Max se vuelve hacia la condesa). ¡No hallaré una mirada de piedad!... Señora... (a la condesa, ésta vuelve también el rostro).. ¡Y vos, madre querida!

LA DUQUESA.—Partid, conde, a donde el deber os llama. Quizás un día seréis nuestro abogado y ángel bueno, junto al trono del Emperador.

MAX.—¡Ah, señoral queréis consolarme con dulces ilusiones y arrancarme a la desesperación... ¡Ah! no me engañéis con vanas palabras; mi desdicha es se-

gura; por fortuna, hay medio de acabar con ella. (*Suena de nuevo la música, y la sala va llenándose de soldados. Max advierte á Buttler*). ¡Vos aquí, coronell!... ¿No queréis seguirme? Bien está, sed más fiel á vuestro nuevo soberano de lo que lo fuisteis al primero. Prometedme proteger su vida y preservarla de cualquier atentado; dadme la mano en prenda de vuestra promesa (*Buttler rehusa tomarla*). Pesa sobre él la sentencia del Emperador, que libra su noble cabeza al primero que codicie el premio... Ahora más que nunca necesita quien con celo y afecto guarde su vida... y los que veo en torno suyo al dejarle... (*Mira con desconfianza á Buttler y á Illo*).

ILLO.—Buscad á los traidores en el campamento de vuestro padre y de Gallas; aquí, sólo existe uno. Salid, y libertadnos de su odioso aspecto. Salid.

(*Max intenta otra vez acercarse á Tecla; Wallenstein se lo impide. Un momento parece vacilar, víctima de vivísimo dolor. En esto la sala se va llenando cada vez más, y suenan de nuevo las cornetas como para advertirle.*)

MAX.—Sonad, sonad... ¡Así fuera la corneta de los suecos.... tocando á llamada en el campo de la muerte! ¿Por qué no se me clavan en el pecho todas esas espadas?... ¿Qué me queréis? ¿Venís á arrancarme de aquí?... ¡Ah! ¡no me empujéis á la desesperación!... Podriais arrepentiros de ello... (*La sala se habrá llenado completamente de tropas.*) ¿Más?... un peso se añade á otro todavía!... ¡Cómo se reúnen los soldados! Así esa masa imponente me arrastra consigo. Pensad en lo que hacéis... Error grande es elegir por jefe á un hombre desesperado... ¡Me arrancáis de los brazos de mi dicha! Pues bien, sea; os consagro á la diosa de la venganza... Me elegisteis para vuestra perdición. ¡Quien me siga, dispóngase á morir!

(*Se dirige al fondo del teatro, y los coraceros le rodean y acompañan en tumulto. Wallenstein permanece inmóvil. Tecla cae desmayada en brazos de su madre. Telón.*)



ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Habitación del burgomaestre de Egra

BUTTLER (*saliendo*)

Aquí está; aquí le condujo el hado. Cayó en la trampa; alzado el puente por donde entró, no le queda escape. De aquí no pasarás, Friedland, ha dicho el destino; tu maravilloso meteorito que partió de Bohemia dejando en el cielo luminosa estela, en Bohemia irá á caer. Ciego é iluso desertaste de tus banderas fiando en tu fortuna; has armado tu mano criminal para traer la guerra en los estados del Emperador, y volcar el hogar doméstico. ¡Alerta, no sea que la venganza que te mueve sea tu propia perdición!

ESCENA II

BUTTLER, GORDON

GORDON.—¡Sois vos!... ¡Cuánto deseaba oiros!... ¡Con que es verdad que el duque es traidor! ¡Dios